

Roma con Séneca y Marco Tulio. Envanézcanse las modernas literaturas con Bossuet y Fenelón, con Bártoli y Ségneri, con Herder y Schelling; que los españoles, sin negar el mérito de estos autores y la alteza de sus escritos, reservaremos nuestros amores y el entusiasmo de nuestro corazón para nuestros grandes escritores ascéticos, para Avila y Granada, Fray Luis de León, Alonso Rodríguez, Fr. Juan de los Angeles, San Juan de la Cruz y otros ciento; y sobre todos estos entendimientos sublimes, y sobre todos cuantos en todas las lenguas y naciones y literaturas del mundo han escrito de Dios, de sus perfecciones inefables y de sus misericordias para con el hombre, colocaremos á aquella ilustre avilesa, honor eterno de España y gloria perdurable de su sexo, que más que nadie alcanzó de tan sagrados misterios y que supo declararlos con mayor hermosura, sublimidad y dulcedumbre de estilo.

II

Mas el principio de vida que anima el lenguaje de estos escritores trasciende de tal manera los medios que la naturaleza ha puesto en nuestras manos para la declaración de los pensamientos, que no es posible juzgar de ellos por las reglas que nos guían ordinariamente en el juicio que formamos sobre los demás libros ó escritos. Así, dejando aparte estos autores y volviendo á la forma del lenguaje tal como lo sugiere ó inspira la fuerza natural de la inteligencia, es necesario convenir en que la claridad de las ideas, aunque sea fundamento de la propiedad y pureza de una lengua, no basta á darle toda la eficacia de que es capaz.

No hay duda de que la palabra está estrechísimamente relacionada con la idea; pero fácilmente se concederá que no es la

idea misma, ni aun su exacta representación ó imagen. Es una forma extrínseca y material de que nos servimos para expresar el concepto formado en lo más hondo y retirado de la mente; pero que no lo representa en toda su exactitud y realidad, antes le es tan desemejante y apartado como lo es el cuerpo del alma y la materia del espíritu. La idea es enteramente inmaterial é insensible: la forma es sensible y material; aquélla habla y se revela á la inteligencia: ésta se manifiesta y descubre á la actividad de los sentidos; aquélla resplandece con la claridad y evidencia de lo que es puramente inteligible: ésta anda siempre revuelta con las nieblas y oscuridades de la materia, y aunque más se eleve, transforme y transfigure, nunca llega á hermostearse con los resplandores con que se iluminan los conceptos del alma. Así no es de maravillar que las ideas que vienen ó pueden venir á nuestra mente sean innumerables, mientras que las palabras que usamos para declararlas están contenidas en una cantidad determinada de sonidos, inventados para el uso de la humana sociedad, sonidos ó formas expresivas que nosotros hallamos ya hechas, y á las cuales, por fuerza ó de grado, hemos de conformarnos, si queremos vivir y conversar con nuestros semejantes. Por esto cualquiera lengua, aun la más rica, es muy pobre é imperfecta, si se compara con la abundancia de ideas que surgen en nuestro espíritu; es á manera de un instrumento que sólo puede dar un número limitado de sonidos, los cuales, por muchas que sean las combinaciones á que se presten, siempre serán insuficientes á expresar las notas ó modulaciones innumerables que excita en nosotros la fuerza de la mente, movida por el espectáculo del universo.

De esta desproporción entre nuestras ideas y los medios de declararlas, nace la dificultad del lenguaje y del estilo, dificultad que tal vez sea la mayor que ofrece el arte en los varios campos ó regiones donde desenvuelve su actividad. A fin de suplir tal

defecto, y para que la perfección del instrumento llegue á igualar la perfección de la obra que está destinada á ejecutar, debe el hombre trabajar sobre las palabras que están en el uso común, eligiéndolas hábilmente, colocándolas en apropiado lugar, combinándolas unas con otras y disponiéndolas de suerte que se junten y harmonicen entre sí y como que se envíen mutuamente sus resplandores, á fin de que de esta combinación, contraste y reflexión recíproca resulte la idea, forma y expresión de pensamiento que de las palabras solas no podía salir. «No hay triaca, decia un escritor de aquel tiempo (1), como la buena lengua; no hay música como la plática concertada; no hay manzanas de oro en platos de plata que así parezcan como las cosas graves de valor, provecho y precio, puestas en estilo casto, limpio y liso.» Mas toda esta hermosura de las palabras y de la lengua y del estilo no les vienen de sí sino del arte y de la industria del hombre.

Para dar á las palabras esta virtud y resplandor de hermosura, la luz ó facultad que nos guía no la hallamos fuera, sino dentro de nosotros mismos, en una cierta disposición ó estimativa natural, en una como voz interior que despierta y aviva nuestra mente y nos señala las palabras que hemos de usar y de qué manera hemos de disponerlas para que, escuchadas ó recibidas por otros, reproduzcan en ellos, en su mente, en su imaginación, en todo el conjunto de sus facultades y con igual perfección y entereza que en nosotros, la idea y el efecto que en nosotros vive y subsiste. Este instinto ó disposición espontánea de la mente, aunque sea la condición indispensable para hacer obras bellas y perfectas, no puede negarse que, por feliz que sea, no basta él solo para alcanzar el colmo de la perfec-

(1) El Dr. Francisco de Ávila en sus *Diálogos en que se trata de quitar su presunción y brío al hombre*.—Impresos en Alcalá, año de 1576.

ción del arte, de la palabra ó estilo, sino que requiere además la disciplina y enseñanza exterior que desenvuelva y perfeccione la fuerza que en sí tiene; es una piedra preciosa que despide destellos y resplandores muy hermosos, pero que necesita del engaste que realce y exagere su valor; es el ramo de oro escondido en el bosque sagrado, salvoconducto para entrar en el alcázar del arte, pero que no exime al que lo posee de guía que le conduzca y le muestre las bellezas encerradas en el misterioso recinto.

Este guía y enseñanza lo tenemos principalmente en la contemplación y estudio de las obras que nos dejaron aquellos eminentes ingenios, en los cuales el Criador estampó más profundamente la huella de su virtud. Hay en las obras de los tales escritores, no sé qué actividad intrínseca, no sé qué poder plástico y formativo, que de tal manera influye en el ánimo del que las contempla, que parece traspasar en él algo de la misteriosa eficacia que á ellos los hizo tan grandes. «Son, como dice Longino (1), á manera de fuentes sagradas, de donde se exhala suavísimo vapor que penetra el alma, no de otra suerte que el que se desprende del antro de Delfos y enajena á la sacerdotisa.» En presencia de las obras ó composiciones de estos ingenios sentimos despertarse en nosotros una secreta harmonía de voces y sonidos, de luces y colores, que nos excita á ejecutar algo grande, algo de que antes no nos sentíamos capaces; y así como Winckelmann, al fijar sus ojos en la gentil apoztura del Apolo de Belvedere, advertía que insensiblemente sus miembros iban tomando una actitud digna y respetuosa, así al contemplar las obras de estos escritores maravillosos, nuestras ideas se van instintivamente componiendo y concertando, ennoblécese nuestros sentimientos y todas las facultades de nuestra alma entran en orden y harmoniosa actividad.

(1) En el tratado sobre *Lo sublime*, núm. 13.

Tan grandes modelos son de todos los tiempos y de todas las naciones; pues así como el dominio de la belleza se extiende á todo el ámbito de la creación, de manera que no hay cosa, por mínima que parezca, que no participe de este atributo, así no ha habido nación, pueblo ni clase de hombres en la tierra, donde no hayan florecido ingenios insignes, capaces de expresar por modo admirable la hermosura de las cosas. Mas no se puede negar que entre los varios pueblos que se han sucedido en el curso de la historia, ninguno nació con disposiciones tan felices para la creación de las obras artísticas como el de Grecia en tiempo de Pericles, y el de Roma en tiempo de Augusto. Los escritores que florecieron en estas dos edades fueron los favorecidos de las Gracias. Á ellos, y en especial á los griegos, fueron descubiertos los misterios de Venus Urania, principio de la belleza soberana que, traspasando los sentidos, recuerda al alma su origen celeste. Ellos aprendieron de la Divina Eurythmia á modelar sus pensamientos y armonizar sus palabras, hallándose en ellos las facultades templadas con tan dichosa consonancia, que la forma de que revistieron sus pensamientos parece la más bella y rozagante á que puede aspirar el ingenio del hombre. Por esto sus obras han quedado como ejemplares de toda inspiración artística, sana y hermosa; y cuantos pueblos y naciones han aparecido en el teatro del mundo, esparcidos de la suma beldad que en ellas campea, han tenido á su mayor gloria imitarlas y reproducirlas.

Nunca, ni aun en los siglos más tenebrosos, faltó en España el conocimiento de tan acabados modelos. Mas era muy difícil que este conocimiento diese frutos de obras perfectas de estilo en unos tiempos en que andaban todavía vagas é indecisas las formas del lenguaje, y cuando las inteligencias, enrudecidas con la aspereza de las costumbres, descuidaban los primores del arte, y si alguna sobresalía y se aventajaba á las demás,

resplandecía, como decía un escritor de aquellos tiempos, (1) más por la *lumbre de la ciencia* que por el *florear de la lengua*.

Comenzaron á desvanecerse estas tinieblas por los esfuerzos de aquellos varones ilustres, Antonio de Nebrija, Ginés de Sepúlveda, Núñez Pinciano, Oliver, que en el reinado de los Reyes Católicos y en el siguiente popularizaron el cultivo de las Humanidades, dando á conocer en España los modelos de Roma y de Grecia, y logrando infundir en todos los órdenes de la sociedad tal entusiasmo por la clásica antigüedad, que, al decir de un extranjero contemporáneo (2), «no era tenido por noble el que no era afecto á las letras humanas». Es cierto que este estudio se ciñó al conocimiento de las obras de los autores latinos y griegos más que á aplicar las reglas de su enseñanza al cultivo del patrio idioma y al enriquecimiento de éste con obras bellas y originales; pero aunque imperfecto, el estudio de la antigüedad, al dar á conocer los modelos del arte, fué afinando el gusto y disponiendo las inteligencias al desarrollo que se preparaba.

Y aquí es de advertir una circunstancia especial que desde el renacimiento de las letras clásicas en España distinguió á nuestros humanistas. En nuestra patria, á diferencia de lo que pasaba en otras provincias de Europa, el estudio de la antigüedad anduvo exento de los fanatismos, sensualidades é imitaciones ridículas y pedantescas que, falseando el pensamiento, habían de ahogar la propia inspiración y encerrar el ingenio en círculo infranqueable. La discreción y el buen gusto guiaron á nuestros renacientes. Para ellos la palabra no fué un vestido hecho para sujetar ó aprisionar la idea, sino un traje elegante que debía realzar la natural hermosura del pensamiento. Cul-

(1) Fernán Pérez del Pulgar hablando del célebre Alonso de Madrigal, por otro nombre el *Tostado*.

(2) Paulo Jovio en el elogio de Antonio de Nebrija.

tivaron y amaron la forma, pero sin adorar en ella; vieron en sus gracias y contornos un rayo ó vislumbre de la Divinidad, mas no á la Divinidad misma; bebieron del licor generoso, pero sin embriagarse con él ni perder el tino ni la conciencia de su personalidad. Así el célebre Luis Vives (1) se burla graciosamente de un erudito italiano que, como medio muy eficaz para llegar á escribir elegantemente en latín, le había aconsejado que por dos años no leyese más que á Cicerón, como si en los escritos del orador romano estuviese agotada la lengua y la elocuencia latina, y como si las formas de que él usó fueran las únicas á que necesariamente hubiesen de ajustarse todos los ingenios. Tan sana independencia adviértese en casi todos los humanistas españoles de aquella época y aun en la siguiente, dándoles un aire de espontaneidad tan brioso y altivo, que casi se confunde con la insubordinación.

Mas á pesar de tan vivo entusiasmo y de tan sana independencia, no faltaron varones muy doctos que sostuviesen con tenaz porfía que las cosas de importancia habían de escribirse solamente en latín, desdeñándose de usar para ellas la lengua que les era natural, y privándola por consiguiente del aliño y pulidez que hubiera podido recibir de tal aplicación y tratamiento.

Esta preocupación nos parece absurda; pero en el estado en que se hallaba entonces la cultura española, no sólo era natural, sino hasta cierto punto necesaria. Era el latín la lengua sabia por excelencia; la lengua universal de los doctos, la que ponía en mutua comunicación á todas las inteligencias del mundo civilizado, formando de ellos una república literaria que se levantaba y extendía su dominio sobre las demás repúblicas políticas y particulares. En latín se hablaba en todas

(1) Véase el tomo III de las epístolas de Erasmo, ep. 990.

las universidades, en los colegios, en los monasterios, donde quiera que se cultivaban las ciencias y siempre que de estudiar, discutir y ventilar los problemas y resultados de estas ciencias se tratase. En latín se celebraban los actos universitarios, defendiéndose en esta lengua las conclusiones públicas, no sólo de filosofía y teología, sino las de medicina, matemáticas, astronomía y demás ciencias naturales. En latín se escribían los libros de todas estas ciencias, y gracias á esto corrían por todos los reinos del orbe culto y alcanzaban el aplauso y la notoriedad y el provecho á que eran acreedores. No era extraño, pues, que los mismos hombres que hablaban y escribían continuamente en latín sobre las cosas más graves de su enseñanza creyesen que solamente en latín habían de escribir sobre ellas, aun cuando sus obras pudiesen dirigirse á otro público que no fuese el docto y científico, si bien capaz de entender lo que se escribía en lengua latina, ya que el conocimiento en esta lengua era común á cuantos tenían alguna, aunque levísima, cultura científica. De lo cual provino el persuadirse, como afirmaba Ambrosio de Morales (1), de que «todo lo que era elocuencia y estudio y cuidado de bien decir había de ser para la lengua latina ó griega, sin que tuviera que ver con la nuestra, donde era superfluo todo su esmero, toda su doctrina y trabajo». Y cierto en lo que toca á la lengua latina eran muchos de ellos capaces de demostrar con obras lo que decían con las palabras, como lo prueban los libros de Osorio, Perpiñá, Mariana y otros que en punto á primores y elegancias de latinidad rivalizaron con los Moretos, Lipsios y otros latinistas extranjeros.

Era esta preocupación absurda á todas luces, como se ha di-

(1) En el *Discurso sobre la lengua castellana* que precede á las obras del Maestro Hernán Pérez de Oliva.

cho; suponía un desprecio y «una hurañeza, para usar las palabras de uno de los escritores más famosos de aquella edad, el maestro Alejo Venegas (1), tan agra que nunca madura respecto de la lengua materna, como si fuese acanalada de la sentina de Babilonia ó no fuese capaz de cualquiera doctrina ó elocuencia como las otras lenguas», y se oponía además á una de las leyes fundamentales que gobiernan la acción de nuestro espíritu. Porque no hay duda sino que el uso de la lengua latina, fuera de la ventaja de ser lengua común entre las gentes instruídas, podía ser un ejercicio excelente y aun necesario para aclarar las ideas, y adquirir con esto una cierta gravedad, elegancia y grandeza de estilo; por lo cual tenía razón el autor del *Diálogo de la lengua* al decir que la ignorancia de la lengua latina que había habido en España, fué causa muy principal para la negligencia que hubo en escribir bien castellano. El conocimiento de esta lengua era por otra parte necesario para «con ella tener las llaves con que poder abrir sus tesoros y enriquecer la vulgar con sus despojos admirables» como afirmaba Ambrosio de Morales,

procurando imitar las obras griegas
y aquella antigua majestad latina (2).

Pero dar á esta lengua tal ventaja, que se desestimase la natural, creyéndola incapaz de expresar las cosas grandes y de importancia, fué error indisciplinable. El lenguaje sigue las vicisitudes del pensamiento. Cuando una forma gramatical cambia ó perece, es señal de que la idea y el concepto han cambiado también. Empeñarse en conservarla es violentar la naturaleza de las cosas, poner en contradicción la idea con la forma y luchar contra una corriente que por fuerza nos ha de arrastrar.

(1) En el prólogo á las *Obras espirituales de D. Serafino de Fermo*, traducidas por el Licenciado Buenaventura Moyano de Morales.

(2) Cristóbal de Mesa en su epístola á Barahona de Soto.

Esto hubieron de conocerlo antes que nadie los que capitaneaba aquel hermoso movimiento de restauración de los buenos estudios de que se ha hablado, y por esto al cultivo de las letras clásicas juntaron el del patrio idioma, cifrando en la junta ó combinación de ambas literaturas, así como el título de mayor gloria, la felicidad de sus esfuerzos. Así Antonio de Nebrija, al formular los preceptos de la gramática latina, formulaba también los de la castellana y en ello cifraba no escasa parte de su gloria. «Yo, decía en la dedicatoria de su famosa gramática, yo quise echar la primera piedra é hacer en nuestra lengua lo que Zenodoto en la griega é Crates en la latina, los cuales, aunque fueron vencidos de los que después dellos escribieron, á lo menos fué aquella su gloria, é será nuestra que fuimos los primeros inventores de obra tan necesaria.» Y lo que sentía Antonio de Nebrija sentía igualmente otro humanista no menos ilustre que él, el autor de la *Minerva*, el famoso Francisco Sánchez de las Brozas cuando asentaba que «por honra de nuestra lengua (1), cualquier cosa se debe recibir por bien hecha». Y lo propio afirmaban el maestro Oliva, Ambrosio de Morales, Pedro Simón Abril y otros, cuando exhortaban al cultivo de nuestra lengua y á la aplicación de sus bellezas á cosas ó asuntos de general utilidad.

Mas la preocupación era tan general y tan profundamente arraigada que no bastaron para triunfar de ella los esfuerzos de tan ilustres maestros, sino que fué necesario que viniesen en su ayuda los de otros no menos autorizados que ellos y que al par que en las letras humanas fuesen doctos en las filosóficas y divinas y que sentían además profundo amor á nuestras cosas y á las ideas ranciamente españolas, cuyo símbolo más hermoso y significativo es la lengua de que nos servimos.

(1) Véase el *Epistolario español* de Ochoa, t. II, pág. 31.

Además de los escritores ya citados, conviene aducir algunos más y aun copiar parte de lo que escribieron, siquiera sea con excusable prolijidad, ya por la gravedad de sus palabras, ya porque en éstas se contienen las ideas más claras, más precisas y exactas que han de guiar la mente en este linaje de investigaciones.

El Maestro Ambrosio de Morales, hablando contra esta preocupación, escribía: (1).

«Por esto me duelo yo siempre de la mala suerte de nuestra lengua castellana, que siendo igual con todas las buenas en abundancia, en propiedad, variedad y lindeza, y haciendo en algo desto á muchas ventaja, por culpa ó negligencia de nuestros naturales está tan olvidada y tenida en poco que ha perdido mucho de su valor; y aun pudiérase esto sufrir ó disimular si no hubiera venido á tanto menosprecio que basta ser un libro escrito en castellano para no ser tenido en nada. Para mí es un pesar el descuido que los españoles tenemos en esta parte, de no preciarnos de nuestra lengua, y así honrarla y enriquecerla, antes tratarla con menosprecio y vituperio.»

Años adelante el elegante escritor Fr. Pedro de la Vega, en su proemio á la *Explicación de los Salmos penitenciales*, decía:

«Bien me imagino yo que no faltarán algunos que nos acusen el escribirse este libro en romance, pareciéndoles que en latín granjeara más autoridad á su autor y las cosas que trata no se hicieran comunes á todos, sino á gente de letras y predicadores. Esta queja puede tener color en la boca solamente de aquellos que encontraren en este libro estudios y cosas suyas, y de los tales soy yo contento de ser reprendido, porque en alguna manera recibirán agravio haciéndose común y vulgar lo que ellos tienen por fruto particular de sus trabajos y firmán-

(1) En el discurso ya citado.

dose otro por dueño del tesoro que ellos carecen. Pero los demás acuérdense que de antemano en su Evangelio el Padre de familias soberano condenó por injusta la murmuración de los que se quejan porque se da á otros lo que á ellos no se debe; luego los que no hallaren hacienda suya en mis manos, no deben querer atármelas para que yo no pueda comunicar á todos lo que no quito de su casa. Á nadie obligó jamás ninguna república que de sus bienes gananciales fundase mayorazgo ó hiciese vínculo que usar en unos y no otros. Y cuanto á lo que toca á crédito, bien se sabe que, sin agravio de nadie, puede cada uno renunciar á su derecho.»

Fr. Cristóbal de Fonseca, autor celebrado de la *Vida de Cristo* y de aquel tratado del *Amor de Dios*, donde, según Cervantes (1), «se cifra todo cuanto el más ingenioso acertare á desear» en tal materia, escribe á nuestro propósito lo siguiente: «Últimamente quiero responder á los que murmuran de la elegancia y arte del bien decir, no porque yo me escriba en la matrícula de los que alcanzaron eso, que antes, huyendo la hinchazón y soberbia en las palabras, he procurado seguir una llaneza no bárbara, sino porque hay hombres que con un celo aparente, aunque no santo, como el que quiere cazar fieras se viste de sus pellejos, así el que quiere cazar necios groseros se viste de la grosería y necedad y condena la elegancia. Pero yerra, porque los santos, que son los espejos en que nos hemos de mirar y las reglas con que hemos de nivelar nuestras acciones, escribieron con tanta gala que los Tulios y los Demóstenes no les hicieron ventaja, y en San Cipriano y en San Jerónimo y en otros santos se hallarán cláusulas que, juzgadas por las leyes de la Retórica, por la demasía de la elocuencia casi parecen viciosas.»

(1) Prólogo al *Ingenioso Hidalgo*.

A estas vindicaciones del honor del patrio lenguaje unía su autorizada voz el célebre autor del tratado sobre *La Magdalena*, Fr. Pedro Malon de Chaide, cuando, hablando de la perfección y dignidad de que debe estar adornada la lengua castellana, escribía:

«Ésta no puede alcanzarse si todos la dejamos caer por nuestra parte, entregándola al vulgo grosero y poco curioso.» «No se puede sufrir, añadía, que digan que en nuestro castellano no se deben escribir cosas graves. Pues cómo, ¿tan vil y grosera es nuestra habla que no puede servir sino de materia de burla?». Y encendido en entusiasmo patriótico, exclamaba: «Este agravio es de toda la nación y gente de España, pues no hay lenguaje ni le ha habido que al nuestro haya hecho ventaja en abundancia de términos, en dulzura de estilo y en ser blando, suave, regalado y tierno y muy acomodado para decir lo que queremos, ni en frases ni rodeos galanos, ni que esté más sembrado de luces y ornatos floridos y colores retóricos, si los que lo tratan quieren mostrar un poco de curiosidad en ello».

Movido por el celo que tenía á nuestra lengua, confiaba el P. Malon de Chaide, «en la diligencia y buen cuidado de los celosos de la honra de España y en su buena industria, que con el favor de Dios habemos de ver muy presto todas las obras curiosas y graves escritas en nuestro vulgar, y la lengua española subida en su perfección sin que tenga envidia á alguna de las del mundo y tan extendida cuanto están las banderas de España, que llegan del uno al otro polo: de donde se seguirá que la gloria que nos han ganado las otras naciones en esto se la quitemos como lo habemos hecho en lo de las armas. Hasta que llegue este venturoso tiempo, que ya se va acercando, habremos de tener paciencia con los murmuradores los que somos los primeros en dar la mano á nuestro lenguaje postro».

Mas el que se levantó con más denuedo contra esta aberración, dando no solamente las razones que la reprobaban y confundían, sino señalando con el más ilustre y eficaz ejemplo el camino que debía seguirse para acabar con ella y honrar y cultivar y engrandecer nuestra lengua de suerte diese al mundo obras que la granjeasen gloriosa inmortalidad, fué aquel insigne varón, ornamento de España y de su siglo, el eximio Fr. Luis de León. No hay que repetir aquí los méritos, las virtudes, las alternativas de gloria y deshonor por que pasó este varón insigne, á quien «persiguió la envidia para descubrirle sus quilates y hacerle salir con el mayor triunfo y honra que jamás se ha visto en la revuelta confusión de las pasiones humanas», como dijo uno de sus contemporáneos (1). Pero sí conviene advertir que en la furiosa persecución que se levantó contra él, en el horror, privaciones y miserias del encarcelamiento, el cultivo de nuestra lengua y el escribir en ella el libro de *Los Nombres de Cristo* fué, después de los divinos, el consuelo mayor y el lenitivo más eficaz de su desgracia.

En este libro admirable hizo Fr. Luis de León la más bella apología de nuestra lengua; allí dejó escrito lo que pensaba sobre el arte del estilo; allí contestó cumplidamente á los que llevaban á mal que escribiese de materias teológicas en habla vulgar, diciendo que «no pensasen, porque veían romance, que era de poca estima lo que se decía; mas al revés, viendo lo que se decía, juzgasen que podía ser de mucha estima lo que se escribía en romance y no despreciasen por la lengua las cosas, sino por ellas estimasen la lengua»; que «una cosa era la forma del decir y otra la lengua en que lo que se escribía se decía»; que «las palabras no eran graves por ser latinas, sino por

(1) El autor de su elogio en el *Libro de la descripción de retratos de Francisco Pacheco*.

ser dichas como á la gravedad le convenia ó sean españolas ó sean francesas»; que «si porque á nuestra lengua la llamamos vulgar se imaginan que no podemos escribir en ella sino vulgar y bajamente, era grandísimo error». Allí, finalmente, hizo de sí propio esta ingénua confesión: «Yo confieso que es nuevo y camino no usado por los que escriben en esta lengua poner en ella número, levantándola del decaimiento ordinario; el cual camino quise yo abrir, no por la presunción que tengo de mí, que sé bien la pequeñez de mis fuerzas, sino para que los que las tienen se animen á tratar de aquí adelante su lengua como los sabios y elocuentes pasados, cuyas obras por tantos siglos viven, trataron las suyas, y para que la igualen en la parte que le falta con las lenguas mejores, á las cuales, según mi juicio, vence ella en otras muchas virtudes.»

Estas voces, muy elocuentes y eficaces sin duda, no dejaron de producir en gran parte del público á quien se dirigían los efectos que anhelaban sus autores; mas no lograron reunir, no ya á todos los ingenios de España, pero ni á gran número de ellos, en una empresa ó acción común que lograrse de todo punto el fin práctico que se proponían. No así la que salió de entre aquel grupo de literatos que, por los años de 1580, se reunieron en Sevilla alrededor del famoso Hernando de Herrera, ingenios eminentes en todos los órdenes de la actividad humana, poetas, historiadores, pintores que habían de ser famosísimos, los cuales en el libro de las *Notas á las Églogas de Garcilaso de la Vega* (1) dieron á luz su manifiesto ó pregón general, llamando á los ingenios de España al estudio de su lengua

(1) El título de esta obra es como sigue: OBRAS DE GARCILASSO DE LA VEGA CON ANOTACIONES DE FERNANDO DE HERRERA, AL ILUSTRÍSSIMO I ECELENTÍSSIMO SEÑOR DON ANTONIO DE GUZMAN, MARQUES DE AYAMONTE, GOVERNADOR DEL ESTADO DE MILAN Y CAPITAN GENERAL DE ITALIA.—EN SEVILLA POR ALONSO DE LA BARRERA, AÑO DE 1580.

y á levantarla á la alteza de perfección de que era capaz.

Autor directa y personalmente responsable de este manifiesto aparece un escritor hoy generalmente poco conocido, pero que sin duda fué juzgado por sus contemporáneos por uno de los mayores ingenios que tuvo aquella edad, que los tuvo tan grandes. Fué éste el maestro Francisco de Medina, de quien dice uno de sus contemporáneos (1) que «igualó á los príncipes de la elocuencia, Cicerón y Demóstenes, no sólo en la pureza y propiedad de la lengua y fuerza oratoria, sino en la grandeza de su ingenio y en su erudición y doctrina»; «tuvo, añade, destreza admirable en razonar y explicarse, usando de las mejores y propias voces que conoció nuestra lengua, aventajándose á los más cultos de su tiempo, así cuando hablaba de pensado como en lo que la ocasión le ofrecía, dando siempre en lo mejor con términos tan del arte que trataba, que parece que precedía á cada palabra meditación».

Este elogio es grande ciertamente, pero innecesario, á juzgar por el prólogo que escribió á las *Notas* sobredichas, que es el manifiesto de que estamos hablando y que es también casi lo único que nos ha quedado de los escritos de varon tan preclaro. Pocas cosas hay en castellano escritas con tanto calor de ánimo y con elocuencia tan varonil como este prólogo. De él decía el Licenciado Juan de Robles (2) que tenía «tantos diamantes como dicciones», y el ilustre D. Marcelino Menéndez y Pelayo (3) no ha tenido reparo en asegurar que «por la pompa y armonía de las cláusulas y por lo magnánimo de las ideas es, sin duda, el trozo más elocuente que ha salido de manos de

(1) El autor de su elogio en el *Libro de descripción de los retratos de Francisco Pacheco*.

(2) En *El Culto sevillano*, diálogo 1.º

(3) D. Marcelino Menéndez y Pelayo en la *Historia de las ideas estéticas en España*, t. II, vol. II, pág. 390.